

## Ressenyes

11. Sonsoles Hernández Barbosa e Irene Gras Valero (eds.), *LA SENSIBILIDAD DE LA METRÓPOLIS MODERNA. IMAGINARIOS ESTÉTICOS Y ESPECTÁCULOS VISUALES*. Barcelona: Ediciones de la Universidad de Barcelona, 2021, 197 pp.

Marta Del Pino Méndez

La publicación es el resultado del seminario «Entre ciudades: paisajes culturales, escenas e identidades», celebrado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona durante los días 20 y 21 de noviembre de 2019, en el marco del proyecto de I+D+i HAR2016-78745-P, llevado a cabo por el grupo GRACMON.

El eje central es el análisis del impacto de la modernidad en la ciudad de Barcelona de forma concreta, pero incluyendo miradas internacionales con casos de ciudades y autores europeos. El denominador común de estos cambios son las exposiciones universales de Barcelona de 1888 y de París de 1900 y la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. La recopilación que presentan Hernández y Gras nos conduce por la urbe a través de la fotografía, el cine, la escultura, la pintura y la estimulación sensorial, reflexionando sobre diversos aspectos fundamentales para comprender los cambios producidos entre los siglos XIX y XX.

Gras nos ofrece, desde la literatura, la imagen decadente de una Cataluña que se adentra en la modernidad arrinconando ciertos elementos en la periferia y los suburbios. Se genera la llamada Babilonia negra, la ciudad del exceso, del pecado. Para huir de esta realidad abrumadora parte de la sociedad se refugia en la absenta o la morfina, mecanismos de evasión absolutamente modernos. Esta ciudad se entrega también a la lujuria, lo que ocasiona la aparición de enfermedades de índole sexual, asociadas a la doble imagen de la mujer prostituta, quien puede ser *femme fatale* y a la vez víctima de, en palabras de la autora, la brutalidad y los vicios de los hombres.

La literatura registró de forma extensa los males de la modernidad, pero también la pintura se hizo eco; prueba de ello son las obras parisinas de Hermen Anglada-Camarasa. En esta línea absorbente y asfixiante se acuña como concepto la ciudad tentacular para identificar el proceso de las transformaciones urbanas.



Por su parte, Capellà acerca al lector a la figura tan aclamada como denostada y olvidada después del pícaro o *trinxeraire* (denominación concreta del caso barcelonés). A través de la figura del niño como encarnación de la infancia y la nobleza, el autor nos conduce a las exposiciones y muestras que acontecen en la Barcelona de finales del XIX y principios del XX. La mentalidad burguesa de la época se mostraba proclive en un primer momento a asumir como propios planteamientos como el del alma cándida que merece ser salvada. Esta idea nace durante la Revolución francesa, pero es Víctor Hugo quien la encumbra creando el personaje de Gavroche.

La escultura será un gran reproductor de la figura del pillito, y la burguesía, su máximo consumidor. Sin embargo, con el nacimiento del siglo XX se asiste a un cambio de paradigma en la mentalidad imperante: el pícaro se ha convertido en la imagen de la violencia y los disturbios. Este cambio se deja sentir en las exposiciones de los siguientes años, en las que la presencia de obra pictórica con esta temática fue escasa hasta su desaparición.

Seguidamente, Bejarano aborda el impacto que generó el autorretrato como elemento conformador durante la modernidad de la mitificación del artista. En una sociedad aburguesada que siente predilección por los arquetipos surge el artista que mediante su autorretrato se sublima. Se crea una división entre el creador y el resto de la sociedad; se explota el concepto de genio. Todo tipo de publicaciones apoyaron esta nueva concepción y fomentaron el interés de una burguesía ávida de nuevas experiencias culturales que acompañaran el ritmo frenético de la ciudad.

El cuarto capítulo, firmado por Cornejo, se centra en la fotografía como testimonio documental del París de los siglos XIX-XX. No solo existe el espacio real, sino también, como apunta la autora, el escenográfico. El elemento diferenciador que hace de la fotografía un mecanismo extraordinario es su capacidad de fijar momentos concretos, únicos e irrepetibles, creando un documento duradero. Pintores y fotógrafos van a dar buena cuenta del ajetreo en el que viven las ciudades en los años de la modernidad desenfrenada.

Durante el siglo XX la fotografía adquiere su entidad propia y la fotografía urbana se expandirá prescindiendo de manipulaciones y separándose de la fotografía pictorialista y sus desenfoces calculados. La autora señala la importancia de la figura de Eugène Atget como precursor de la fotografía directa y del documentalismo.

Atget, quien realiza su producción desde la última década del XIX hasta la primera mitad del XX, centra su mirada en la ciudad elevando el interés por esta y haciendo de lo urbano una temática relevante. La intención de Atget, remarca la autora, es crear memoria que recorra los lugares que

estarán por desaparecer. Esta manera de sentir y congelar la ciudad es en sí misma un modo moderno.

Seguidamente, Fabregat, con su texto, sitúa al lector en la Barcelona filmada. Se distingue aquí un tipo de filmación en que la ciudad es protagonista y cuya finalidad es la promoción turística, y otro en que la urbe es la escenografía en la que ocurre la vida. La Exposición Universal celebrada en Barcelona en 1888 fue un elemento generador de cambios urbanísticos y de creación o reconversión de espacios.

De otro lado, la metrópolis se convierte en el escenario donde los habitantes acuden a actos, ferias, etc. Estos elementos se filman mostrando las inmensas posibilidades de una ciudad que cuenta con variedad de actividades. Resulta muy interesante comparar la selección de lugares imprescindibles de la época con los imprescindibles de la actualidad.

Habiendo explorado la urbe a través de la literatura, la escultura, el autorretrato y el film nos adentramos en la segunda parte, en que Hernández nos presenta una metrópolis que nos estimula sensorialmente generando placer o malestar. La autora aborda el cambio que se produce hacia la espectacularización y como para que esta suceda es necesario prescindir de ciertos olores o sonidos. En el tránsito del XIX al XX el paradigma de la modernidad será el claxon de los vehículos, mientras que la venta itinerante será vista como atraso y, por tanto, elemento a eliminar.

En esta nueva ciudad el consumo se percibe como actividad ociosa, y precisa de escenarios determinados para su desarrollo. Resulta llamativo comprobar como estos mecanismos destinados a la venta continúan vigentes. Además, la sociedad burguesa demanda todo tipo de actividades culturales. El género del panorama se alza como oportunidad permitiendo una inmersión revolucionaria para la época en las imágenes, lo cual nos hace establecer cierto paralelismo con las actuales tendencias inmersivas. El ocio debe rebosar intensidad y para ello se instalan atracciones que en algunos casos también serán fuente de malestar. En definitiva, Hernández explora los polos opuestos de la modernización de la metrópolis y la consolidación del sistema capitalista como generadores de nuevas infraestructuras, espacios y actividades.

El siguiente capítulo acerca al lector a 1929, momento de la Exposición Internacional de Barcelona. Rius toma como punto de partida dos cuestiones fundamentales: de un lado, la relación estrecha que existe entre diseño urbanístico y fotografía amateur; de otro, la dimensión personal pero también colectiva de esta fotografía amateur, que satisface al autor y lo reafirma como ciudadano, pero a la vez trasciende lo individual para convertirse en colectivo.

Es esencial comprender que ya hay una Cataluña fotográfica a finales del XIX, pero que con la llegada de la modernidad esta actividad adquiere popularidad entre miembros de clase alta. La fotografía es una gran herramienta para conocer y reconocer las maravillas de Cataluña, ya sean naturales (vinculadas a grupos excursionistas), artísticas (exposiciones, galerías, artistas), folclóricas, etc. La práctica amateur supone, para la autora, la forma de mediar entre la vida colectiva y la privada.

En el mismo tiempo de la Exposición Internacional de 1929 encontramos el siguiente capítulo, en el que Cuenca profundiza en los dioramas y los espectáculos visuales. Sorprende que, como apunta la autora, hasta 2013 no hubiera apenas investigaciones respecto de estos mecanismos de luz, dado su planteamiento impactante en la sociedad de la época. Barcelona fue receptáculo de diversos conjuntos de dioramas que ofrecían un viaje a través del urbanismo del momento en diversos tamaños. En este caso, la autora analiza el impacto de dichos conjuntos como recurso propagandístico, entre otros, de la propagación de la luz eléctrica. Barcelona se erigió con el título de «ciudad de la luz del Mediterráneo», acaparó éxito y superó proyectos tan ambiciosos como el de San Francisco de 1915, entre otros.

El volumen lo cierra Piñol, con un texto dedicado a la simbiosis entre modernidad, metrópolis y cine. En él, la autora analiza los cambios de percepción del entorno urbano y la aplicación de la modernidad a través de los films paradigmáticos *Berlín, sinfonía de una gran ciudad*, de Ruttmann, y *El hombre de la cámara*, de Vertov. No se trata de una aproximación a ambos metrajes, sino una lectura de su contenido ideológico. Piñol estudia qué implica la modernidad para la ciudad y para el ciudadano.